

Pero con esto se abandonaba por completo el suelo sobre que estaba fundado el mundo antiguo, ya que era aquella una tendencia completamente nueva y diferente de la manera de pensar del Paganismo. De aquí que no podamos examinarla más de cerca en este lugar, ya que ahora tratamos de exponer en sus verdaderas manifestaciones el espíritu de la antigüedad que precedió al Cristianismo.

6. Decadencia del espíritu de los antiguos pueblos.

—Los actuales adversarios del Cristianismo se complacen en pintar á nuestra religión como el resultado de la civilización greco-romana en su más alto grado, y sólo quieren ver en ella los frutos de la sabiduría griega llevados hasta los últimos confines de la tierra por la dominación universal romana.

Esto es un error, y de él hablaremos más tarde; antes debemos examinar otros puntos. Pero aun cuando fuera cierto admitir que la doctrina cristiana no es más que una derivación de aquella fuente, no se la podría mirar como resultado de la antigua civilización pagana.

Porque, evidentemente, el Helenismo imperante en tiempo de Augusto no es considerado por nadie como el verdadero espíritu griego; antes bien, era un elemento híbrido, formado de ideas griegas y orientales, entre las cuales, los principios del Antiguo Testamento ocupaban el primer puesto. Quien considere como representantes del Helenismo á los sabios griegos que habían respirado en Alejandría el aire de la Antigua Alianza, en contacto con maestros judíos, y aun concurriendo la mayor parte á escuelas judías, se engaña por completo, como se engañaría quien considerase á los saduceos como los verdaderos representantes del Judaísmo, ó á las razas lanares de Sidney y de Spenser como la más acertada expresión de la naturaleza anglosajona.

¿En dónde hemos de buscar los legítimos representantes de la verdadera antigüedad? Sobre este punto, apenas puede haber discusión. En el Judaísmo hay fariseos, en

Grecia sofistas y cínicos,—porque ambos son hijos del mismo espíritu, los unos farsantes teóricos, los otros farsantes prácticos—y en Roma estoicos.

Hasta el mismo Havet tiene que confesar que, para hallar la verdadera expresión del espíritu griego, hay que retroceder hasta Diógenes. ⁽¹⁾ En efecto, en Grecia no había ninguna filosofía tan popular como la de Diógenes, la única. Sin duda que los hedonistas y los epicúreos eran también legítimos griegos, pero demasiado exagerados, en tanto que los cínicos sabían dar con el verdadero tono para hacer popular la tendencia de aquéllos, y así, en los cínicos se miraba el griego como en su propio espejo. Entre los romanos, los pocos espíritus elevados se adhirieron al estoicismo, el cual encontró su perfección sólo en el terreno del romanismo, en el que todo le fué favorable, á saber: la terquedad de carácter, el espíritu de rectitud inflexible, la altanería del dominador del mundo. Y gracias de que el romano encontrase gusto en esta caricatura de filosofía, pues, si se desprendía de ella, sólo le quedaba, en la práctica, la disolución y el suicidio, y en el orden intelectual el escepticismo, el cual preguntaba despreciativamente con Pilatos: «¿Qué es la verdad?»

Cinismo y estoicismo; he aquí el espíritu antiguo. Cínicos y estoicos son hijos de la misma madre. Si los unos se revuelcan con placer en el fango, y, explotando en carcajadas, salpican de lodo á los que con circunspección pasan cerca del charco, los otros, de tal modo están cegados por el orgullo, que caen repetidamente en el fango, haciéndolo saltar por todas partes en torno suyo, mirando á todo el mundo con altanería, y cayendo en el ridículo.

Preciso es no perder de vista el espíritu que caracteriza á estas sectas; preciso es considerar lo mucho que descendió el pueblo, cuando, en nombre de la sabiduría, las escuelas más respetadas se atrevían á mirar como un insensato á quien no se encontraba bien en el fango y á quien manifestaba sentimientos humanos en presencia del dolor,

(1) Havet., *El cristianismo y sus orígenes*, (2) I, 315.

de la esperanza y de las cosas elevadas, para comprender algo de la versatilidad que caracteriza al pueblo griego después de la guerra del Peloponeso, y á los romanos desde el fin de la República.

¡Y ahora que hable quien quiera de la herencia recogida por el Cristianismo! Sin duda que el mundo antiguo, y en particular Grecia, produjeron hermosas flores. Pero aquella Grecia que había legado á otros sus tesoros intelectuales hacía ya mucho tiempo que había muerto, que había prostituído á vil precio su ideal. ⁽¹⁾ Á la Grecia de los poetas y de los filósofos, sucedió la Grecia de los conquistadores, de los bandidos, de los *condottieri*. Los tiranos, los aventureros, los mercenarios y los demagogos, fueron entonces sus dueños. Á partir de la muerte de Alejandro, los trastornos y los desórdenes reinaron en aquel país, hasta tal punto, que apenas es posible formarse una idea de ello. Traidores nadando en medio de riquezas, multitudes empobrecidas, sin costumbres, indiferentes á los dioses y á la patria; juventudes feroces y agostadas por los vicios, disolución en toda la línea; tal era el Helenismo de aquella época. ⁽²⁾ Una sola rama de la civilización floreció todavía en medio de aquella confusión; era una rama de aquel árbol que creció lleno de fuerza y de vigor sobre montones de escombros; la elocuencia política. Pero se extinguió también en la venalidad insondable de los griegos.

Entonces dióse buena cuenta de todo lo que era noble. El engaño sin máscara ó el robo impudente reemplazaron á la nobleza de sentimientos en los descendientes de los héroes de Salamina. Sólo la usura y el chalaneo más vil satisfacían su espíritu. Glorificábanse de haber producido charlatanes insípidos y burlones desvergonzados, que se refan de todo lo que era santo y sublime; de haber tenido

(1) Cf. Thucydides, III, 82 y sig. Jenofon., *Memorab.*, III, 5. Polibio, XXXVIII, 1 a-d.

(2) Droysen, *Gesch. des Hellenismus*, I, 421. Ampère, *Grecia, Roma y Dante*, (5) 413 y sig.

por maestros de la opinión pública á espíritus superficiales y pedantes distinguidos, y por jefes, hombres perdidos de cuerpo y alma, que superaban en voluptuosidad á todos los déspotas asiáticos, y, en astucia, á todos los tiranos de África. Merecían en justicia ese desprecio indecible de que los colmaban todos los pueblos. Como los romanos, veían en la población de Alejandría, de aquella ciudad en que entonces se formaban todos, la sentina más despreciable del mundo. ⁽¹⁾ Pero se imaginaban, ó fingían no ver, que hablaban de ellos con desprecio en todas partes en donde habían aprendido á conocerlos. La probidad era siempre su lado débil. Ya en una época anterior y relativamente mejor, los orientales no habían demostrado tener en ellos una confianza ilimitada. ⁽²⁾ Mas á partir del momento en que trabaron más amplio conocimiento con ellos, apenas encontraban palabras para expresar el desprecio que les inspiraban. Ya en tiempo de Alejandro, era un proverbio en la India: «Si quieres ver algo vulgar, no tienes más que ir á Grecia». ⁽³⁾ Por su parte, los romanos no se expresaban de otro modo con relación á ellos. ⁽⁴⁾ «Los griegos, dice Plinio, son los padres y maestros de toda especie de bajezas». ⁽⁵⁾ Aun los hombres que se cuentan entre sus más grandes admiradores, v. g., Cicerón, declaran que jamás supieron lo que eran lealtad y honor. ⁽⁶⁾ Las expresiones irónicas *vender á crédito de los griegos; lealtad griega*, se habían convertido en proverbiales, ⁽⁷⁾ y Cicerón dice que eran justas. ⁽⁸⁾ Pero que los extranjeros no hiciesen de es-

(1) Polibio, XXXIV, 14, 3 y sig. (César). *Bell. Alexandr.*, 24. Tácito, *Hist.*, I, 11. Juvenal, XV, 45 y sig. Quintiliano, I, 2. Plinio, *Panegy. in Trajan.*, 31. Ammian., Marcell., 22. 6, 16, en particul. la carta bien conocida de Adriano, (Phlegon, *Fragm.* 65, Maller, *Frag. hist. Græc.*, III, 624) en Flavian. Vopisco, *Saturmin*, c. 8; cf. *ibid.*, c. 7. Cf. Friedländer, *Sittengeschichte* (1), II, 74. Stahr, *Kleopatra*, 26 y sig.

(2) Herodoto, I, 153, 2.

(3) Paulino de San Bartolomé, *Viage á las Indias Orientales*, II, 352.

(4) Livio, VIII, 22; XXXI, 44.

(5) Plinio, XV, 5 (4).

(6) Cicerón, *Pro Flacco*, 4.

(7) Plauto, *Asinar.*, I, 3, 47, 201. Luciano, XLI, 10. Sil. Itál., XIV, 383. Auson., *Ep.* X, 42.—(8) Cicerón, *Contra Verrem*, II, 1, 26.

to un crimen, es cosa que admiten los mejores de ellos. Ora afirman en son de burla, ora deploran amargamente, que la falta de patriotismo y la perfidia, ⁽¹⁾ la venalidad, la carencia de probidad ⁽²⁾ y de lealtad, ⁽³⁾ parecían ser casi incorregibles en ellos, y tanto, que para el que los conocía, diez cauciones, diez sellos y veinte testimonios, no bastaban para dar valor á su juramento, ⁽⁴⁾ y que era de esperar de su parte toda especie de pillerías y de crímenes. ⁽⁵⁾

Pero el pueblo romano había también declinado profundamente. Su naturaleza de lobo, que siempre había conservado, se había manifestado por completo. Los romanos debían sentirlo así, puesto que en todas partes colocaban, como emblema de sí mismos, la estatua de una loba amamantando á sus progenitores. Mal podía, pues, el mundo esperar de ellos una renovación de su sangre. Todo podía esperarse de ellos, excepto su mejoramiento. En realidad, de Roma fué de donde la corrupción se difundió por todo el Imperio. De aquí que los pueblos aprendiesen á hacer de la intemperancia, de la disolución, de la prodigalidad, un verdadero arte.

Como resultado de ello, las razas degeneraron y los pueblos más nobles cayeron en la decadencia más completa. ⁽⁶⁾ El punto más elevado de todo progreso material é intelectual hacía mucho tiempo que había sido superado. ⁽⁷⁾ El vacío de la vida intelectual, el envenenamiento de la vida moral, era todo lo que quedaba de aquella envoltura brillante. ⁽⁸⁾ Dolor de un pasado que no se espera-

(1) Pausanias, VII, 10.

(2) Demóstenes, *De corona*, (18) 61; C. *Aristocrat.*, (23) 201. Polibio, XVIII, 17, 7. Euripid., *Iphigen. Taurid.*, 1205.

(3) Isócrates, *Trapezit.*, (17) 33, 54. Demóstenes, *In Midiam*, (21), 139. Pausanias, IV, 4, 5 y sig.

(4) Polibio, VI, 56, 13.

(5) Luciano, XVII, 40.

(6) Merivale, *Gesch. der Römer*, II, 12, 364 y sig.; III, 5 y sig.; IV, 541 y siguientes.

(7) *Ibid.*, IV, 542 y sig.

(8) *Ibid.*, II, 35; IV, 500.

ba volver á ver jamás; resignación con lo presente, desolación y renuncia de toda esperanza humana cuando lanzaban una mirada sobre el porvenir, era el único pensamiento que dominaba aún á los mejores espíritus de aquella época. ⁽¹⁾

7. Desesperación ó indiferencia; tal era la disposición de espíritu del mundo antiguo.—Evidentemente, no había nada que esperar de aquella sociedad; pero lo que en manera alguna debía pedírsele, era un impulso para renovar al mundo y para mejorar el orden de cosas. Tal es la opinión general y unánime de los que daban su parecer sobre la situación en el momento en que apareció el Cristianismo. ⁽²⁾

Si no llegaron á convertirse por completo en presa de la desesperación, debióse á la creencia en los antiguos recuerdos de la humanidad, creencia que en aquella época era tanto más poderosa cuanto que más se engrandecía, creencia según la cual, en la mayor angustia, vendría de Oriente el socorro por una intervención sobrenatural y divina.

En lo que concierne á la situación del mundo en aquella época, todos estaban penetrados de esta convicción, á saber, que no era posible mejorarla ni empeorarla. Épocas posteriores podrán quizás tener intenciones tan malvadas, pero en manera alguna poseerán en el mismo grado el poder de hacer el mal. ⁽³⁾ «Nuestros vicios son intolerables, pero son igualmente incurables». ⁽⁴⁾ «El Estado está por completo orientado hacia el mal; en ninguna parte se encuentran ya las costumbres antiguas; todo está lleno de menosprecio personal». ⁽⁵⁾ «No es posible deplorar suficientemente la miseria de esta época; con mayor razón no es posible describirla». ⁽⁶⁾ «Roma ya no puede sostenerse. To-

(1) Merivale, II, 34 y sig.

(2) Cf. 2.^a parte, *Conf. XX*, 6.

(3) Juvenal., I, 167 y sig. Tácito, *Hist.*, II, 37.

(4) Livio, *Præf.*, lib. 1. Séneca, *Ep.* LII, 2. Cf. Jenofon., *Memorab.*, 3, 5, 17.

(5) Tácito, *Annal.*, I, 5, 7. Diodoro, 37, 3.

(6) Veleio Patérculo, 67.

dos los lazos del mundo se rompen, la última hora ha sonado, todo debe volver al caos de que salió». ⁽¹⁾ «Nos hemos habituado de tal modo al mal, que soportamos aun el exceso del mal». ⁽²⁾ «Desde hace algunos años, las cosas van así: siempre la misma cólera de parte de los dioses, siempre la misma locura de parte de los hombres, siempre las mismas crisis y los mismos trastornos». ⁽³⁾ «Nada de lealtad ni de piedad; todo se vende. El derecho se encuentra allí en donde se produce el dinero. Todo parece inclinarse á la ruina, no por exceso de poder extranjero, sino por propia bajeza». ⁽⁴⁾ «Al examinar la historia, parece que todo no es más que burla con la humanidad y juego con los hombres». ⁽⁵⁾ «Bajo el amparo de la religión, la humanidad vive en la oscuridad más grande». ⁽⁶⁾ «Las relaciones de los hombres entre sí se han convertido en enojosas; somos veneno recíproco los unos para los otros». ⁽⁷⁾ «Para la patria, cuyo recuerdo era en otro tiempo tan caro y tan edificante, ya no hay pensamiento alguno, por cuanto el nombre de Roma se ha convertido en objeto de vergüenza para el mundo entero». ⁽⁸⁾ «Á menos de pensar en lo pasado, apenas si uno tiene todavía valor para vivir». ⁽⁹⁾ «La energía vital, el desarrollo corporal, la fecundidad del género humano, está en retroceso continuo». ⁽¹⁰⁾ «La misma naturaleza está agostada y ya no da más que miserables producciones». ⁽¹¹⁾ «Cada día aparecen nuevas enfermedades de que hasta entonces nadie había oído ha-

(1) Lucano, *Pharsal.*, I, 71 y siguientes. Cf. Séneca, en *Lactancio*, VII, 15.

(2) Tácito, *Hist.*, IV, 8.

(3) *Ibid.*, II, 38.

(4) Lucano, X, 407 y sig. Cf. I, 30 y sig. Hesiodo, *Op.*, 176 y sig., 219 y sig. (Lehrs).

(5) Tácito, *Ann.*, III, 18.

(6) Plinio, XXX, 1, 2. *Vires religionis ad quas maxime etiam num caligat humanum genus.* Cf. Is., IX, 2; Luc., I, 79.

(7) Plinio, XVIII, 1, 3; cf. VII, 1, 6. Séneca, *Ira*, II, 8, 9.

(8) Plinio, XXXIII, 14, (3) 1. Hehn, *Culturpflanzen*, (3) 429 y sig.

(9) Livio, *Lib. 1, præf.*, Cf. Hesiodo, *Op.*, 174 y sig. (Lehrs).

(10) Plinio, VII, 16, 1.

(11) Lucrecio, II, 1150 y sig.

blar». ⁽¹⁾ «Todos pueden casi calcular de antemano el momento en que todo perecerá y se consumirá». ⁽²⁾ «En semejantes circunstancias, ¿cómo un hombre que reflexione puede hacer caso todavía del mundo, de su existencia y de la existencia de los demás? El temor y la ambición nos devoran; envejecemos en medio de los cuidados; á fuerza de buscar un pequeño rincón en que podamos sentar el pie con toda seguridad, perdemos la tierra firme, y á fuerza de desear un pequeño instante de vida, no vivimos en realidad». ⁽³⁾ «De aquí esas idas y venidas continuas y esos viajes sin objeto. Y, sin embargo, nadie puede quedarse en su casa ni vivir en la soledad, porque, con gran espanto, vuelve á encontrarse en todas partes con esa molestia, con ese disgusto que lleva á todos lados consigo, con esa eterna agitación intelectual, con esa aversión á la tranquilidad, de las cuales la vergüenza nos impide conocer las razones, y sin que por ello podamos evitar el tormento que nos causan». ⁽⁴⁾

Así hablan los últimos romanos.

8. El suicidio en masa, último acto de la antigüedad.—«La vida no vale la pena de ser vencida». Tal fué la última palabra sobre el Paganismo. La frase de Polivio: «Los que en un estado tal de cosas perecían de la manera más miserable, eran más felices que los vivientes», ⁽⁵⁾ expresaba entonces la opinión general, opinión que de tal modo se tomaba en serio, que se la ponía en práctica al pie de la letra.

Así, el suicidio se hizo de moda. En la práctica, el suicidio siempre fué la última palabra en la antigüedad. El testimonio más evidente de ello es la vieja tragedia, la más verdadera expresión de la antigua vida. Entre todas ellas, apenas existe una que ofrezca una solución racional y natural; casi todas empiezan con crímenes y terminan con

(1) Plinio, XXVI, 1 y sig.

(2) Lucrecio, V, 98 y sig., 105 y sig.

(3) Manilio, *Astronom.*, IV, 1, 5.

(4) Séneca, *Tranquill. anim.*, II, 9, 10, 13.

(5) Polibio, XVIII, 1, a. 5.

un cataclismo. Palabras elocuentes, malas acciones, efectos sorprendentes, teatrales, inventados por el orgullo en el último momento para embellecer la cobarde deserción de las banderas, ó, para decirlo en tres palabras, la insolencia, la impotencia, la insolvencia, he aquí la comedia de la vida en la antigüedad. No es, pues, de extrañar que, en vista de los modelos que ofrecía la escuela moral del teatro, la vida real no fuera mejor. Con razón ha dicho Masaryk que es sorprendente el número de hombres célebres de la antigüedad que acabaron por suicidarse: Carondas, Licurgo, Empédocles, Speisipo, Diógenes, Hegesias. Estilpo, Zenón, Cleanto, Arquesilao, Carneades, Aristarco, Cratóstenes, Demóstenes, Isócrates, Temístocles, Cleomenes y, probablemente, Pitágoras y Aristóteles; entre los romanos, Lucrecio, Ático, Silio Itálico, Petronio, Lucano, Escipión, Catón, Bruto, Casio, Marco Antonio, Nerón, Otón y quizás Marco Aurelio. ⁽¹⁾

Esta manera de obrar antinatural se hizo entonces contagiosa y aún cuestión de honor y de buen tono. En otros tiempos, los hombres más célebres de la antigüedad se suicidaban en un momento de desesperación, pero entonces, todo estafador condenado á muerte se figuraba convertirse en grande hombre por medio de una cuerda ó una navaja.

¡Qué desgracia! ¡Tanta civilización, tanto esplendor, tanto poder, y, sin embargo, en ninguna parte se interesaba nadie por la vida! La humanidad, tan rica entonces en dinero, en ciencia, en arte, era tan pobre en virtud, en el conocimiento de lo que podía curar sus males, en la esperanza de la posibilidad de una existencia tolerable, que ni siquiera tenía valor ni fuerza para soportar el trabajo de la vida.

Pero así era en efecto.

«Ningún deseo, dice Plinio el Antiguo, nacía más de prisa en el corazón del hombre que el deseo de la muer-

(1) Masarik, *Der Selbstmord*, 150.

te, ⁽¹⁾ y el deseo de una muerte rápida». ⁽²⁾ Pero nadie se atenía á este cobarde deseo; los suspiros injustos se convertían en acciones criminales. El suicidio era el único acto de que aquella generación se sentía capaz todavía. ¡Si solamente este acto no hubiese sido producido más que por el proletariado hambriento, el cual en su desesperación, se hubiese arrollado la manta á la cabeza y se hubiese precipitado en el Tíber desde lo alto del puente Flaminio!... ⁽³⁾ ¡Si no hubiese sido puesto en práctica más que por el prisionero germánico, que, obligado á hacerse gladiador, metía su cabeza entre los rayos de una rueda, ó se engullía una esponja!... ⁽⁴⁾ ¡Si solamente hubiese sido cometido por un monstruo intemperante como Apicio, quien, después de haber disipado sesenta millones, se envenenó, porque, con los diez que le quedaban, no podía vivir convenientemente!... ⁽⁵⁾

Pero este ejemplo era dado por hombres muy diferentes. El jurisconsulto Cocceio Nerva, abuelo del emperador de este nombre y amigo de Tiberio, no tenía motivo alguno para darse la muerte; no estaba enfermo ni tenía enemigos; ningún peligro le amenazaba. Sin embargo, también él resolvió suicidarse: comunicó su proyecto á sus amigos; pero sus ruegos fueron vanos, vanas las súplicas de Tiberio, que le instaba á vivir. Quitóse la vida sin saber porqué. ⁽⁶⁾ Tulio Marcelino, amigo de Séneca, estaba atacado de una enfermedad enojosa, pero no grave; los médicos le habían asegurado la curación si recurría á sus luces; pero, en lugar de ello, llamó á uno de sus amigos, un filósofo estoico; aconsejóle éste la muerte, y se suicidó. Pero lo peor del caso es que Séneca no escatimó los elogios al excelente filósofo que le había sugerido aquel grandioso pensamiento y al espíritu sublime que tan bien

(1) Plinio, VII, 51 (50), 2.

(2) *Ibid.*, VII, 54 (53), 1.

(3) Horacio, *Sat.*, II, 3, 36 y sig.

(4) Séneca, *Ep.* LXX, 20, 23.

(5) Marcial., III, 28. Séneca, *Consol. ad Helviam*, X, 9.

(6) Tácito, *Annal.*, VI, 26.